

Héctor Vucetich

por Roberto C. Mercader

Es un gran honor para mí que Héctor me haya elegido para que sea quien escriba su semblanza en esta reseña.

A pesar de que a Héctor no le gusta la formalidad, corresponde en este lugar destacar de quién estamos hablando. Héctor Vucetich es un científico excepcional de nuestro país. Comenzó trabajando en problemas de física nuclear y ha sido capaz de incursionar con gran profundidad en variados temas científicos que no solamente atañen a la física de partículas elementales, gravitación cuántica y fundamentos de la mecánica cuántica, sino también a la cosmología, la filosofía y la epistemología. Ha dirigido hasta ahora más de veinte tesis doctorales, instruyendo discípulos que se han destacado tanto en el país como en el extranjero formando, a su vez, jóvenes especialistas en astrofísica y cosmología.

Conocí a Héctor hace muchos años como estudiante de Análisis Superior I y desde entonces tengo una inmensa admiración por muchos aspectos de su persona. Poseedor de una memoria prodigiosa, siente además placer por todas las cosas que hace. Frente a un pizarrón repleto de fórmulas



era el único capaz de detectar cualquier mínimo error, como un superíndice o un signo perdido. Nos asombraba que para él leer eso fuera tan natural como para nosotros leer castellano.

Nuestra formación muy rigurosa en matemáticas nos impidió aceptar con naturalidad la definición de una función tan arbitraria y "errónea" como la delta de Dirac. Le pedimos a Héctor que nos diera un curso de teoría de distribuciones para que la delta encajara en los formalismos matemáticos aceptables. No tuvo inconvenientes en prepararlo en pocas semanas y dictar el curso a requerimiento de nosotros, sus alumnos.

Por esos años tenía fama de gran relator de cuentos, los que eran siempre muy ingeniosos. Tenía una rara destreza para tomar su cigarrillo negro sin filtro

entre el pulgar y el meñique y luego de una voltereta digna de un prestidigitador se lo llevaba a los labios de una manera que nos dejaba a todos absortos porque nunca se quemaba los dedos ni los labios. Sin embargo, esa habilidad no la transportaba al laboratorio de física nuclear adonde le habíamos prohibido la entrada porque luego de su visita era necesario recalibrar todos los módulos que Héctor había tocado distraídamente.

Pese a que no nos vimos durante varios años por nuestras respectivas estadías en el exterior para completar nuestra formación científica, reencontrarme con él luego de ese tiempo fue, invariablemente, algo muy estimulante. Siempre tuvo inquietudes notables y originales en todas las cosas que emprendió.

A mediados de la década de 1980 comenzó una gran reestructuración en el Departamento de Física. Todos nuestros laboratorios fueron mudados o sufrieron grandes modificaciones. No fue la excepción el Laboratorio de Espectroscopía Mössbauer. Pero, justamente en esa época, se le ocurrió plantear un problema fascinante: se trataba de comprobar el principio de equi-

valencia de Einstein con nuestros humildes instrumentos. Así, en 1987 diseñamos un espectrómetro Mössbauer de velocidad nula y con ese instrumento pudimos mejorar la precisión con las que estaban medidas en ese entonces las masas gravitacional e inercial.

Como cuenta en su artículo, parecía estar igualmente atraído por la física y por los fundamentos de la física. Las inquietudes filosóficas y epistemológicas estuvieron siempre presentes en nuestras conversaciones. Estas discusiones se trasladaban a un grupo de amigos que nos reuníamos más o menos periódicamente para intercambiar ideas sobre temas científicos de las más diversas naturalezas. La riqueza de esos encuentros nos permitió entender con cierto grado de profundidad cuál ha sido el desarrollo histórico del pensamiento científico.

Justamente, fiel a esa indeclinable formación científica, nunca aceptó ninguna idea ni teoría que pretendiera llamarse física sin que se la pudiera refutar por medio de algún experimento. Esta actitud, propia de los mejores físicos del mundo, le atrajo algún distanciamiento con algunos de sus colegas que, prendados de la belleza de algunas teorías

matemáticas, no podían indicar cuál experiencia confirmaría o falsearía sus hipótesis.

Estudió griego hasta los cursos más avanzados disponibles en la Universidad Nacional de La Plata. Pero, a diferencia de muchos de nosotros que hemos intentado aventuras semejantes, Héctor culminó con éxito su aprendizaje, al punto de poder leer los originales en griego de los grandes pensadores que forjaron nuestra actual forma de ver el mundo. Héctor conoce los detalles más insignificantes de la mitología griega y los aplica a situaciones actuales.

Es entusiasta hasta el cansancio. Posee la curiosidad innata de todo gran hombre de ciencia con el agregado de una capacidad que le permite no quedarse a mitad de camino de las cuestiones que le interesan sino llegar hasta el fondo de toda materia cuyo estudio emprende y proponer soluciones originales para los temas más controvertidos. Es honesto, directo, apasionado y una bellísima persona.

Ha incursionado también en otros terrenos que no son solamente científicos. Por ejemplo, con "El silbido del viento en la ventana" (<http://axxon.com>.

ar/c-CuentoElSilbido.htm) ganó el "Premio Más Allá" 1993 del Círculo Argentino de Ciencia-Ficción y Fantasía (CACyF) en la categoría "Mejor novela corta", compitiendo en la etapa final nada menos que contra las novelas "Un campeón desparejo" de Adolfo Bioy Casares y "Gladiadores del futuro" de Pedro Naimoigín.

Héctor es muy querido por todos los que lo conocemos. En ocasión de su septuagésimo cumpleaños, sus alumnos y colegas organizaron un simposio en su honor: "Actualidad en Física de Partículas, Cosmología y Mecánica Cuántica", que se realizó en la Facultad de Ciencias Astronómicas y Geofísicas de Universidad Nacional de La Plata entre los días 1 al 3 de noviembre de 2010 (<http://www.fcaglp.unlp.edu.ar/~slandau/homenaje>).

¡Salud, Héctor! Que puedas continuar mucho tiempo más brindándonos tu originalidad, tu curiosidad, tu falta de dogmatismo, tu simplicidad, tus ganas de seguir investigando y de regalar a todos los que tenemos la suerte de estar entre tus amigos ese placer por el conocimiento y ese entusiasmo contagioso que nos estimula.